

Odiseo ante Escila y Caribdis

La singladura de Grecia a través de una crisis europea

Procopis Papastratis

Los griegos, cuando se deshacen de esa virtud cristiana que es la modestia, se enorgullecen de ser los verdaderos descendientes, ingeniosos y llenos de recursos, de Odiseo, que sobrevivió a veinte años de guerra, a desafíos extremos y desgracias para volver a su isla, Ítaca, a su esposa y a su trono. Tuvo éxito en este último logro después de la matanza de todos los pretendientes de su esposa Penélope y usurpadores del trono. Pero los griegos contemporáneos están todavía muy lejos del puerto seguro de una nueva versión de Ítaca. Se enfrentan al cuarteto (de acreedores) de cuatro cabezas que se asemeja a la mítica criatura Medusa. Al mismo tiempo se enfrentan tanto a Escila como a Caribdis, que han unido sus fuerzas, por primera vez desde la era de la mitología griega, con el fin de destruir todas las posibilidades de que el pueblo griego pueda atravesar las tranquilas aguas del siempre esquivo desarrollo económico.

Cualquier persona con sentido común y un poco de información actual, se dará cuenta de que el descenso a los infiernos que Grecia experimenta no es sino parte de una crisis europea más amplia que algunos de nuestros socios europeos tratan de ocultar bajo la alfombra, mientras que los más fuertes la exportan con éxito a los más débiles. Todo el mundo tiene en mente a Alemania y su política de chantaje para mantener la decadente Unión Europea atada a la camisa de fuerza de la ortodoxia fiscal neoliberal.

Esta reciente odisea griega es un nuevo capítulo de una larga serie de intervenciones extranjeras, auspiciadas en la mayoría de los casos por las fuerzas políticas locales. Para abreviar, podemos retomar la historia desde 2010. Entonces, el primer ministro griego Yorgos Papandreu, el tristemente célebre nieto de un abuelo infame y también primer ministro, se presentó en Castellorizo, la isla griega más avanzada en el mar Egeo, a escasos metros de la costa turca.

El lugar había sido elegido cuidadosamente por Yorgos Papandreu para iluminar al pueblo griego sobre la situación económica de su país. Papandreu, en perfecta forma física –el único asunto al que presta especial atención–, anunció que estaba pidiendo a la Unión Europea activar el Mecanismo Europeo de Estabilidad Financiera para ayudar económicamente a Grecia. Fue el punto de

entrada de la llamada «Troika» en Grecia.¹ La reciente incorporación de un cuarto miembro ha convertido este cuerpo en un cuarteto. La decisión del Gobierno de Papandreu en 2010 de doblarse a las amables medidas de la Troika se presentó en el contexto de la crisis financiera mundial de 2008. Con el fin de presentar este intento como inevitable, el gobierno griego manipuló los datos oficiales para mostrar un mayor déficit público en 2009.

Las soluciones neoliberales propuestas fueron presentadas por la Troika como la única solución que Grecia, obediente y servil miembro de la Unión Europea, tenía que adoptar con el fin de evitar la quiebra. A cambio de una serie de enormes préstamos, que Grecia no podría pagar hasta el Día del Juicio Final, la receta de la Troika fue dura y difícil de poner en práctica (a propósito). Grecia fue elegida para convertirla en laboratorio de la política de austeridad y en ejemplo para otros países de mal comportamiento.

Las medidas exigidas por la Troika se presentan como parte de la política fiscal, de alcance global, que se debía aplicar a raíz de la crisis de 2008. Para la consolidación fiscal de las finanzas de los estados afectados por la crisis (es decir, Grecia, Portugal, España, Italia, Francia...) se necesitan reformas estructurales que normalmente se centran en la desregulación y la reforma laboral y los recortes en los gastos del gobierno, es decir, en pensiones, en el sector público, en el Estado del Bienestar. De acuerdo con estas estrategias dogmáticas de mercado, se recuperará la productividad y la competitividad, mientras que el dinamismo de las economías emergentes serviría de ayuda a las más avanzadas para superar sus bajas tasas de crecimiento. Ahora, casi diez años después, la recuperación económica está todavía en curso y el peligro de una recesión mundial va en aumento. Esta rígida construcción ideológica cuya intransigencia avanza en Europa, oculta, a propósito, el hecho de que no fue capaz de evitar el fin del largo periodo de desarrollo económico posterior a la Segunda Guerra Mundial.

En estos momentos, Grecia se encuentra en medio de otra crisis. Las prolongadas negociaciones con la siempre exigente Troika han acercado a la economía griega al colapso. Las negociaciones tienen dos secciones:

- a) En qué medida se han implementado las reformas estructurales acordadas con el Gobierno Syriza en el verano de 2015.
- b) Las nuevas y constantes exigencias de la Troika, además de las acordadas el pasado verano.

Veamos dos ejemplos característicos:

El destino de los «préstamos rojos» para comprar casas, un problema serio en España también. Hasta ahora el gobierno griego había conseguido excluir de la confiscación los «préstamos rojos» hasta finales de 2017, propiedad de la gente pobre registrada. La Troika exige ahora los «préstamos verdes» para viviendas,

que se pagan regularmente, para ofrecerlos a los especuladores financieros, con el fin de que todo el paquete sea más atractivo para ellos.

En segundo lugar, el Fondo Monetario Internacional exige al Gobierno griego adoptar medidas de emergencia adicionales por importe de 3.600 millones de euros en caso de que en 2018 no pueda lograr un superávit del 3,5% de su Producto Interior Bruto.

Si nos impresiona a primera vista la enorme cantidad de 3.600 millones de euros, el 3,5% del PIB es monstruoso, ya que asciende a 6.500 millones de euros, calculado hoy en día. Esto significa que estos 6.500 millones adicionales tendrán que ser recortados de los gastos públicos: salud, educación, salarios, pensiones... con el fin de satisfacer la obsesión de la doctrina monetaria con las políticas de austeridad.

Es obvio que la Santa Inquisición está vivita y coleando y trabaja horas extra. Este plan se originó en la sede de Washington del FMI y el Gobierno griego a día de hoy lo rechaza. Es una práctica común entre las autoridades de la UE asumir, de forma alternativa, los papeles del «bueno» y el «malo». En esta ocasión, el presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, que actúa como el bueno, declara que «ningún Gobierno democrático en cualquier parte del mundo podría aceptar tales demandas», mientras que el ministro de Finanzas alemán, Wolfgang Schäuble, que se presenta como el malo de la película defiende estas exigencias desorbitadas del FMI.

El hecho de que esta demanda esté siendo probada por primera vez en Grecia, refuerza la conclusión inevitable de que el país heleno sigue siendo el laboratorio de la política de austeridad que Alemania dirige mientras saca sustanciosos beneficios. En 2014 la balanza comercial positiva para Alemania era de aproximadamente 230.000 millones de euros: Francia contribuyó con 34.500 millones de euros, España con 10.100 millones, Italia con 5.900 millones. Alemania fue también uno de los principales acreedores de Grecia, Portugal, España e Italia.

Dentro del contexto de esta Unión Europea «made in Deutschland», la parte griega de la crisis económica está llamando la atención, especialmente en vista de la formación de un Gobierno socialista en Portugal y las próximas elecciones en España.

Portugal, fuera del círculo vicioso de los memoranda o rescate condicionado desde 2014, al menos en teoría, está siendo amenazado por una elevada deuda pública y un bajo crecimiento. Como resultado, la presión financiera está aumentando sobre Portugal a través de las denominadas Agencias de Calificación, que han rebajado las emisiones de deuda de este país a la categoría de «bono basura». La lección que hay que dar a estos países desobedientes del Sur se resume en la vieja sentencia latina inscrita en las paredes de los monasterios y a veces junto a enormes toneles de vino: *ora et labora*. Pero en beneficio de la economía de mercado.

En cuanto a la situación en Grecia, es sumamente interesante y de hecho intrigante que esta crisis eterna esté siendo administrada por un gobierno de izquierdas, el primero en llegar al poder a través de unas elecciones. Al mismo tiempo estamos observando cómo este gobierno realiza un cambio completo de política en una serie de cuestiones clave que afectan a la economía y, por supuesto, a las personas que luchan bajo el corsé de los tres memoranda ya firmados por los gobiernos griegos.

Estos acontecimientos nos llevan a otra pregunta que tiene su miga. ¿Cómo puede ser de izquierdas un gobierno si sigue este tipo de políticas? Con el fin de intentar responder a esta pregunta debemos examinar brevemente la evolución de Syriza, desde que era una modesta oposición hasta convertirse en el partido con más representación en el Parlamento griego.

De 13 escaños en las elecciones de 2009, Syriza subió a 71 escaños, tres años después, en las elecciones de 2012. Syriza más que duplicó sus escaños en las dos elecciones de 2015, alcanzando 149 y 145 diputados respectivamente. Syriza ganó las elecciones y formó un gobierno de coalición con el partido de los Griegos Independientes. Políticamente era una coalición extraña porque los Griegos Independientes son nacionalistas de derecha de mentalidad eclesial que hacen suya toda la corrección política de los valores pequeño burgueses. Su líder, ambicioso y populista, es un antiguo ministro, miembro del partido de derechas Nueva Democracia.

Esta extraña alianza, resultado claramente de una necesidad política, se mantuvo en las dos siguientes elecciones generales en 2015 ya que Syriza, aunque ganó, no alcanzó la mayoría absoluta. A lo largo de la historia la cuestión de las alianzas políticas ha sido un tema controvertido desde que Aristóteles describió al hombre como *zoon politikon* («animal político»). Esto es cierto para España, como todos sabemos, en estos momentos. Con el fin de conseguir los escaños necesarios para obtener un voto de confianza, Syriza tuvo que elegir entre el partido derechista Nueva Democracia, los restos del socialista PASOK, el partido recién formado El Río, el favorito de los medios de comunicación, que presume con toda seriedad de que no tiene ideología, el Partido Comunista de Grecia, el derechista Griegos Independientes y el fascista Amanecer Dorado. Es obvio que Syriza hizo su elección política por eliminación. El Partido Comunista de Grecia estaba atrincherado en la fortaleza de la ortodoxia marxista y nadie se tomaba en serio el flujo incoherente de El Río. Una colaboración con Nueva Democracia y el PASOK estaba fuera de cuestión. Ambos estaban desacreditados también en razón de su coalición para poner en práctica los dos memoranda que habían firmado. Como resultado, Syriza se quedó con los Griegos Independientes.

Para Syriza este fue el primero de una larga serie de compromisos desde que el gobierno de coalición tomó posesión en el Parlamento en enero de 2015. Los gobiernos anteriores habían tenido sus propios compromisos. De hecho, estos años de crisis se pueden caracterizar sin duda como un período de compromisos

por excelencia, lo cual no es privativo de Grecia. La diplomacia de cañonera en la Europa civilizada solo se encuentra en los libros de historia. Hoy en día la soberanía de los estados está siendo destrozada por la intervención de las refinadas instituciones de la UE; cuando no promueven los ideales europeos, imponen a los estados europeos en crisis un ultimátum financiero de un cinismo sin precedentes.

Cuando Syriza llegó al poder los gobiernos anteriores de Nueva Democracia y PASOK ya habían firmado dos *memoranda de entendimiento* y Grecia estaba bajo el control de la Troika. Syriza, pensando con demasiado optimismo que podría negociar con éxito los términos de un tercer memorándum, convocó un referéndum en julio de 2015 cuando las negociaciones fracasaron. El pueblo griego rechazó el plan de la Troika con un destacado 61,3% y hubo entusiastas manifestaciones.

Syriza calculó mal la fuerza del adversario y el gobierno de Tsipras tuvo que firmar el tercer memorándum que el pueblo griego había rechazado. La desilusión fue enorme, la depresión política fue descontrolada, cientos de militantes abandonaron el partido, incluyendo diversos diputados. Estas huidas y la necesidad de que el Parlamento aprobara el tercer memorándum, así como la aplicación de sus términos forzaron a Tsipras a dimitir con el fin de convocar nuevas elecciones en septiembre de 2015.

Hay un sentimiento generalizado entre los electores que manifiesta que se votó a Syriza porque no había otra alternativa seria. En este contexto, el impacto cada vez más grave de los acuerdos con la Troika de los últimos seis años sobre el pueblo griego, tiende a dejar en la penumbra las medidas sociales que está adoptando el gobierno para ayudar a los pobres y a los desempleados, independientemente de si tienen seguridad social o no. Estas medidas implican a unas 300.000 personas de una población de once millones. Las personas sin ingresos tienen acceso gratuito al transporte público. Se están ofertando 1.000 puestos para profesorado universitario; 500 de ellos han sido ya asignados a las universidades; 2.000 plazas para maestros de escuelas primarias se ocuparán en los próximos cursos académicos; 3.000 plazas para los médicos se están ocupando gradualmente. Sin embargo, estas cifras son una gota en el océano, si tenemos en cuenta que estos memoranda de la Troika no permiten desde 2010 que se ocupe ninguna plaza vacante en el sector público. Es evidente que el aumento el año pasado del desempleo al 25% minimizó cualquier efecto positivo de estas medidas sobre la gente y no disminuye la exasperación que prevalece en la sociedad griega.

El único efecto positivo para el gobierno de Syriza son los sentimientos negativos del pueblo griego hacia al anterior gobierno de Nueva Democracia. Este partido y sobre todo su nuevo líder (Kyriakos Mitsotakis), sucesor de otra dinastía política infame, está tan profundamente volcado en la aplicación de las políticas neoliberales que se ha convertido en una amarga broma política. Tal reacción puede salvar a Syriza en el día de la elección crucial, pero tales consideraciones

deberían ser el último y desesperado recurso hacia una victoria electoral. Estas posibilidades no pueden distraer la atención del hecho de que Syriza no cumplió su programa político sobre cuestiones importantes que afectan directamente a la sociedad. Syriza faltó a su promesa de no firmar un nuevo memorándum, y de no vender los principales puertos y aeropuertos griegos.

El argumento absurdo de que la privatización de activos estatales aumentaría la competitividad y le abriría a Grecia las puertas a los beneficios de la economía de mercado se hundió también en el caso griego. El puerto del Pireo fue vendido a la empresa china COSCO, propiedad del Estado chino. De este modo, se vendió a una empresa estatal de un país extranjero, es decir, ¡el puerto principal de Grecia fue «privatizado» por un estado extranjero! Esta empresa había tratado de meter las narices en otros puertos del Mediterráneo, pero sólo el Gobierno griego había sido tan «inteligente» como para entregarles su puerto principal.

El puerto de Salónica también está a la venta. La misma privatización exitosa por parte de una empresa estatal se repitió con los catorce principales aeropuertos griegos. Fueron vendidos a FRAPORT, sociedad de la que el Estado alemán es el principal accionista. En ambos casos, el precio se fijó muy bajo, según la intervención chantajista de la Troika. Uno más en una larga lista de escándalos.

Aparte del tufo de estos escándalos, que cabe esperar que el poder judicial examine, hay otra dimensión ética en la cuestión. Estos dos contratos habían sido acordados por el Gobierno anterior. Al mismo tiempo Syriza ganó capital político al denunciar estos contratos para finiquitarlos cuando llegara al poder. Estos casos están dando credibilidad al argumento de la oposición de que Syriza ha perdido la autoridad moral, esa preciosa ventaja de la izquierda frente a las ambiciones egoístas que florecen en los sombríos pasillos de los partidos burgueses.

Grecia se enfrenta a otro desafío, el de los refugiados. En los últimos doce meses 1.200.000 refugiados llegaron a Grecia de camino a su destino soñado, el corazón de la Europa neoliberal. Fueron recibidos, vestidos y alimentados por comités ciudadanos ad hoc, las organizaciones no gubernamentales y el Estado griego (la respuesta espontánea del pueblo griego de todas las edades y estatus para ayudar al prójimo, a pesar de estar experimentando una crisis económica, es impresionante). Hasta ahora, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados y la Unión Europea han proporcionado a Grecia muy pequeñas cantidades de dinero de la ayuda que prometió, mientras que el gobierno griego ha contribuido con cientos de millones de euros para mejorar la condición de los migrantes. En este momento la hospitalidad llega a 54.024 refugiados según los datos oficiales del 19 de abril de 2016. Por razones de conveniencia política a la mayoría se les niega la condición de refugiado que solicitan y es más que probable que permanezcan en Grecia por un largo período de tiempo mientras las condiciones de vida empeoran y el país es cada vez más pobre.

En ninguna parte la gestión neoliberal de crisis ha sido tan explícita como en los países del sur de Europa y en especial Grecia. Los «acuerdos» que se les imponen se basan en la teoría neoliberal clásica. Con el fin de revertir sus crisis deben reducir el gasto público, desregular el mercado de trabajo, y apoyar la devaluación interna. Ante una débil demanda interna, las empresas tendrían que ajustar su funcionamiento a las actividades orientadas a la exportación con el fin de sobrevivir. Por otro lado, esta teoría dictaba que el dinamismo del comercio mundial dispararía con el tiempo la economía. El comportamiento dinámico de China en el comercio mundial era su mejor ejemplo, pero en estos días ha perdido gran parte de su credibilidad. A pesar de la debilidad de esta teoría, el programa de reforma que la Troika obliga a llevar a cabo a Grecia tiene un explícito y violento objetivo: reducir el consumo interior de Grecia.

El turismo es un caso típico de esta política. El estudio de McKinsey, el principal asesor de desarrollo del anterior gobierno conservador, observó que el 70% del turismo griego estaba orientado a la demanda interna, mientras que la ratio aceptable era del 40%. El consejo político fue cambiar el sector turístico por actividades orientadas a la exportación, lo que significa que la cuota del turismo nacional se limitaría al 40% al turismo; es decir, un 30% menos de griegos deben ir de vacaciones y esto sólo puede lograrse mediante la reducción de su renta disponible.

De igual manera que en el caso del consumo interno, también hubo una importante reducción de las importaciones. Al comienzo de la crisis de 2008, las importaciones ascendían a 90.300 millones de euros (36,1% del PIB) y en 2015 eran sólo de 56.300 millones de euros (30,4% del PIB). El consumo privado en 2008 era de 170.600 millones de euros (68,3% del PIB) y en 2015 había quedado en 128.100 millones (69,2% del PIB). Esta destrucción explícita de la renta nacional a través de las políticas de austeridad dejó huella en los indicadores macroeconómicos clave. En 2008, el Producto Interior Bruto (PIB) fue de 249.000 millones de euros y descendió a 185.000 millones en 2015.

Permítanme repetir que en los últimos 7 años de políticas de austeridad el país perdió 65.000 millones de su PIB. El desempleo aumentó del 7,8% en 2008 al 25% en 2015.

¿Tuvieron al menos esas políticas un impacto en términos de alivio de la deuda? ¿Cambió la deuda? En efecto: en 2007 la deuda era de 240.000 millones de euros (103,1% del PIB), mientras que en 2014 la deuda fue de 317.100 millones (178,6% del PIB). Por su parte, el gasto público en 2009 era de 128.400 y en 2014 de 88.200 millones² de euros. Esto significa que, de 2009 a 2014 el gasto público se redujo en 31 millones de euros, mientras que la deuda aumentó en 77.100 millones de euros.

En la *Global Leadership Summit* de 2016, celebrada en la Universidad del Sur de California, el antiguo jefe del Consejo de Expertos Económicos del Fondo Monetario Internacional reveló que el 37% de los beneficios de esta organiza-

ción para el período 2010-2015 vino de su participación en el programa griego de préstamos. Los datos de 2014 muestran que el 55% de los beneficios del FMI vino de Grecia.³

Hay un dicho sarcástico para describir la situación: ¡cuando los datos están mejorando entonces la gente está sufriendo! En nuestro caso, es aún peor: ¡Los datos están empeorando y el pueblo griego... aún más! Todas estas medidas de austeridad van de la mano con una enorme especulación financiera que se beneficia de la crisis en Grecia. Creo que no es difícil averiguar quién se está beneficiando de ello.

Traducción de Carlota Sánchez García

NOTAS

1. La «Troika» está integrada por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo (BCE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI).
2. Agradezco a mi colega el Dr. Loudovikos Kotsonopoulos que me haya proporcionado los datos indispensables para este artículo.
3. Periódico griego *Avgi*, 15 mayo 2016.

.....
 PROCOPIIS PAPASTRATIS es catedrático emérito de Historia Contemporánea de la Universidad Panteion, Atenas.